

EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA INTERNACIONAL
Oración Centrante Uno 2025
EL PERDÓN
Semana 27

EL EJEMPLO DE VIDA DE JESÚS (2)

En realidad, toda la vida de Jesús fue un constante perdonar, pero reflexionemos ahora específicamente en su Pasión, Muerte y Resurrección. Por fin ha llegado su hora y Jesús lo sabe. Lo mismo que en el caso del encuentro con la mujer adúltera, Jesús es consciente de que ya no está llamado a retirarse prudentemente. Ha llegado el momento de entregar su vida y cumplir la voluntad de su Padre.

Judas ya ha decidido entregarlo por dinero y Jesús trata por todos los medios de darle la oportunidad de arrepentirse de su propósito. En la Última Cena, le lava los pies junto a los demás discípulos y le entrega la Eucaristía. Judas sigue firme en su objetivo y regresa trayendo tras de sí a “una gran turba armada con espadas y palos, enviada por los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo.” (Mateo 26: 47). Se acerca a Jesús, lo llama respetuosamente “Rabí” y le da un beso. Éste es el ejemplo máximo de traición. Todos los que hemos sido traicionados podemos identificarnos con esa escena. En vez de indignarse y responder airadamente, Jesús emplea un término afectuoso: “Amigo—le dice—¿a qué vienes?” Si Jesús responde así a la traición de Judas, ¿cómo nos responderá cuando inevitablemente le fallemos? Es hora de soltar los sentimientos de culpa, de amarnos a nosotros mismos como el Señor nos ama y de amar a los que nos ofenden como el Señor los ama.

San Mateo añade que uno de los discípulos “sacó entonces la espada e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole una oreja.” Es decir, el discípulo responde del modo habitual: escalando la violencia en forma de represalia disfrazada de defensa propia. Jesús le advierte: “*Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que tomen la espada, a espada perecerán. ¿O piensas que no puedo rogar a mi Padre y El pondría a mi disposición ahora mismo más de doce legiones de ángeles?*” (Mateo 26: 52-53). Jesús claramente reconoce el mecanismo imitativo de la violencia, sabe que una vez desencadenada se vuelve incontrolable y que, a fin de cuentas, acaba con todos, incluso con nosotros mismos. Dice el Padre Richard Rohr que éste es el tipo de violencia más difícil de sanar: el que parece justificado, el cometido en nombre de la supuesta defensa personal, de la familia, la nación o de Dios. Observemos que la acción del discípulo no puede ser entendida, en ningún momento, como legítima defensa: un golpe de espada por parte de una sola persona sería incapaz de contener los ánimos de una turba armada de palos y espadas. Por el contrario, sólo se lograría incitarla más al ataque.

Toda la historia de la Pasión es una historia de perdón: a Pedro, que lo negó tres veces; a los discípulos que lo abandonaron en su hora final, a sus verdugos y la masa que gritaba “¡crucifícalo!” Al final, en vez de venganza o “justicia retributiva,” Jesús le pide al Padre que los perdone y parece incluso ofrecerle una excusa: “perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Es

cierto: cuando consentimos a la violencia y al rencor, pronto “no sabemos lo que hacemos,” pues nos contagiamos irremediabilmente de los otros y somos absorbidos por la violencia circundante. Ésta no es solamente la historia de alguien que murió en Palestina hace dos mil años. Es nuestra propia historia: cada vez que respondemos al mal con el mal, cada vez que nos negamos de forma definitiva a perdonar y que nos confabulamos con otros para disminuir la dignidad de alguno de nuestros hermanos nos convertimos en agentes de la turba que crucificó a Cristo.

Finalmente, imaginémonos la reacción psicológica de los discípulos ante el fenómeno de la Resurrección. Las mujeres que lo habían acompañado al pie de la cruz podían simplemente regocijarse ante ella. Su fidelidad anterior les permitía un gesto sencillo y limpio de asombro y de gozo y quizá, por ello, Jesús se les manifiesta inicialmente a ellas. Para los demás discípulos el asunto es más complicado. Pedro lo negó tres veces, los otros (menos uno) salieron corriendo a esconderse y lo dejaron solo. Las mujeres dicen ahora que está vivo y que lo vieron. Seguramente se preguntarían: “¿Cuál va a ser su reacción ante nosotros? ¿Nos irá a castigar o a regañar severamente? Nos merecemos cualquier castigo.” Eso, y mucho más, es lo que exigiría la justicia retributiva. Jesús simplemente los saluda diciéndoles “Shalom!” (paz), los instruye en el camino de Emaús, les prepara el desayuno tras una noche de pesquería y les otorga el don supremo del Espíritu Santo. Jesús los restaura, los hace nuevos. Ni un solo reproche salió de sus labios. Como dice el teólogo James Alison: Jesús es la víctima que perdona.

El Señor nos dice a nosotros también: “No tengas miedo,” su frase más frecuente en los Evangelios, “Acércate sin temor y permite que te ame tal y como eres, con luces y sombras, porque nada es sombra para mí. Lo único que te pido es que, como mi hijo Pedro (Hechos 3: 1-10), digas a los otros: ‘lo que tengo te lo doy’ y derrames sobre ellos el perdón y la misericordia que has recibido de mí. Sígueme” Ése es el camino del discípulo.

Para practicar en los próximos días:

1. Continúa practicando la Oración del Perdón diariamente si aún encuentras algún rincón de resistencia en ti. Luego apela a ella cada vez que sea necesario. Y, no tenemos que decirlo, practica la Oración Centrante dos veces al día.
2. Practicar la Lectio Divina con Lucas 24: 36-48. ¿Qué palabra o frase te resuena o “brilla”? ¿Cómo se aplica a ti ahora?
3. ¿Se ha abierto en ti una comprensión espiritual mayor del proceso del perdón? ¿Cómo te ha afectado? Comparte tu experiencia con los compañeros del grupo.
4. Practica la Visio Divina con el ícono griego que acompañamos a continuación. Su nombre (ámpelos) quiere decir “vid”. Es una representación gráfica de la afirmación de Jesús de ser él la Vid y nosotros las ramas (Juan 15: 1-17). Es también una representación Trinitaria: el Padre es la raíz o la profundidad de la tierra, Cristo es la vid misma y el Espíritu Santo circula por todo el Cuerpo hasta alimentar la más mínima molécula de todo lo presente. En cada una de las ramas aparece el rostro de uno de los apóstoles. Añade mentalmente una rama adicional con tu propia cara. Añade más y más rostros de familiares, amigos. Luego incluye los rostros de personas que te hayan herido. ¿Qué te

dice? ¿Te perturba algo? ¿Qué resuena en ti? Vuelve al ícono cuantas veces sea necesario y penetra en sus detalles.

